

EARTH'S EARLIEST AGES

LAS PRIMERAS ERAS DE LA TIERRA



G. H. PEMBER

Traducido por RMC

Nota del Traductor:

La presente traducción es para uso exclusivamente personal y en ningún momento para fines comerciales.

*Ha sido realizada directamente del original inglés
Earth's Earliest ages (Edición 1884)*

*Esta traducción contiene los capítulos del 1 al 10.
Les agradeceríamos hicieran un uso responsable de ella.*

R. Martínez C.

www.laiglesiaenmalaga.es

Capítulo VIII

La era de la libertad

En la segunda era los hombres no estaban limitados ni por un gobierno ni por la ley

Así pues, la primera dispensación terminó en fracaso, dando como resultado una triste prueba de que el hombre es un ser demasiado débil para conservar su inocencia incluso en las circunstancias más favorables. Quedaba por ver si después de la experiencia de la caída, después de probar las amargas consecuencias del pecado, podría recuperar su posición y volver a ser obediente y santo. De esto Dios hizo pruebas de varias maneras.

En primer lugar, en lo que podríamos llamar la era de la libertad, durante la cual Él dejó a Adán y a sus descendientes casi enteramente a su merced. Se había instituido el matrimonio; se les había instruido a que se acercaran a Dios por medio de sacrificios típicos, y se les había ordenado que trabajaran por su pan labrando la tierra. Pero más allá de esto, Dios mismo no promulgó leyes ni consintió que los hombres lo hicieran. La espada del magistrado no podía ser usada para la represión del crimen: incluso el asesino debía quedar impune, como podemos ver en el caso de Caín. No había ningún gobierno: cada uno debía seguir su propio camino y hacer lo que le pareciera correcto.

Así, la idoneidad del hombre en una condición de extrema libertad, y la confianza en la justicia innata que se supone que yace en el fondo del corazón humano, ya han sido probados por el gran Creador. Los filósofos modernos instan a que se repita el experimento; pero la historia de los tiempos antiguos demuestra la falacia de sus puntos de vista. Porque la maldad del hombre se hizo grande; toda carne corrompió su camino sobre la tierra, y la tierra se llenó de violencia. Y como fue en los días de Noé, así será también en los días del Hijo del Hombre (Lucas 17:26).

Por lo tanto, deberíamos hacernos una consideración particularmente interesante sobre la segunda era: porque nos ayudará a entender nuestros propios tiempos y, por el curso de los acontecimientos antes del diluvio, nos dará una idea de lo que puede esperarse en la presente dispensación, cuyas escenas finales parecen estar ya proyectando sus oscuras sombras ante ellos.

Las etapas de nuestro viaje a Dios están prefiguradas en el Edén y también en el Tabernáculo

Después de la expulsión de Adán del Paraíso, Dios no parece haber eliminado el hermoso jardín; pero sus puertas fueron inexorablemente cerradas, y en su extremo oriental se situaron los querubines, y la espada encendida que se revolvía por todos lados y guardaba todo acceso al Árbol de la Vida. Y así parece que encontramos aquí también los rudimentos de un Tabernáculo, así como los encontramos en el Edén donde estuvo Satanás. El Árbol de la Vida, con los querubines debajo, y la *Shekinah*¹ o la gloria alrededor, es el Lugar Santísimo; el Paraíso el Lugar Santo; y el Edén, el distrito en el cual el huerto fue plantado, el atrio del Tabernáculo.

Y tanto en el Paraíso como en el Tabernáculo podemos, tal vez, discernir un bosquejo de nuestro camino hacia Dios, pues así como el territorio del Edén era para Adán, así también lo es para nosotros esta tierra, que una vez fue, como el Edén, un reino de deleite, pero que ahora es destruida por la maldición del pecado. El Adán caído oró y ofreció sacrificios ante las puertas cerradas del Paraíso, a la vista del Árbol de la Vida y de la gloria; y así nosotros, con los ojos de la fe, contemplamos el trono de la gracia más allá de los límites de este mundo presente, y nos inclinamos ante él para implorar el sacrificio ofrecido una vez por Cristo. Pero al morir, el Paraíso de Dios se nos abrirá, porque la misma palabra se usa en el Nuevo Testamento para referirse al lugar en que moramos durante el estado intermedio. “*Hoy estarás conmigo en el paraíso*” (Lucas 23:43), le dijo nuestro Señor al ladrón moribundo.

Ahora bien, la palabra es de origen persa, y tenía un significado bien definido, que el Salvador seguramente quiso sugerir cuando la usó. Porque los reyes y nobles persas estaban acostumbrados a rodear sus palacios con parques de gran magnitud, plantados con hermosos árboles y arbustos, y repletos de bestias salvajes y mansas. Algunos suponen que estos parques han sido reminiscencias de una tradición del Edén: en todo caso, un lugar de este tipo se llamaba paraíso. Y así, al adoptar la palabra, Cristo aparece para indicar que al morir pasamos, por decirlo así, al maravilloso jardín (huerto) que rodea la casa del Padre, pero no a la casa misma.

¹ N. del T. Shekinah o Shekiná (הִכְיָוָה). Palabra derivada del verbo Hebreo “sakan” o “shachan” - que significa morar o residir y se refiere al lugar donde Dios se manifestaba en medio de Su pueblo Israel. La presencia de la shekinah era la señal manifiesta de la presencia de Dios ente Su pueblo. Aparece en los antiguos comentarios judíos, llamados Targumenes, para referirse a la Luz (gloria) que brillaba entre los querubines sobre el propiciatorio del arca, tanto en el Tabernáculo como en el templo de Salomón.

Porque Él le declaró a Sus discípulos que iba a prepararles moradas en ese glorioso palacio, y que pronto regresaría a buscarlos (Juan 14:2, 3); regresaría, como los ángeles anunciaron posteriormente, de la misma manera que subió (Hechos 1:11), en presencia corporal real. En la muerte, por lo tanto, entraremos en el jardín: pero sólo en el regreso de Cristo y la resurrección podemos obtener acceso al Árbol de la Vida que está en medio del Paraíso de Dios (Ap. 2:7), y que parece corresponder al lugar real de Su presencia. Así también el atrio del Tabernáculo parece representar este mundo presente, durante nuestra estadía en la cual debemos ofrecer a la víctima muerta sobre el altar de bronce creyendo agradecidamente en el sacrificio de Cristo, y después debemos ser limpiados y santificados en el lavacro con el lavamiento del agua por la Palabra (Ef. 5:26).

Entonces, revestidos con las vestiduras blancas de la justicia de Cristo, entraremos, en el estado intermedio, en el Lugar Santo, donde los utensilios de nuestro servicio ya no serán de los metales más bajos - que están continuamente sujetos a la herrumbre del pecado - sino sólo de oro puro.

Por último, en la resurrección seremos admitidos en el Lugar Santísimo, morada de la gloria, en las mansiones preparadas para nosotros en la casa del Padre.

Los Querubines

De los querubines debemos hablar tan brevemente como sea posible; pero el tema es muy importante, ya que estos seres gloriosos parecen estar estrechamente conectados con la redención de la creación. Al mencionarlos por primera vez, el original hebreo, sin embargo, los denomina “los querubines”, de lo cual podemos inferir que sus formas eran familiares a los israelitas de los tiempos de Moisés; y, por lo tanto, que eran las mismas que las de los querubines representados en el Tabernáculo. En efecto, las palabras por las cuales son introducidas, si son interpretadas literalmente, son: “Y él hizo que los querubines estuvieran en el tabernáculo al oriente del huerto del Edén”. El relato más detallado de su aparición es el que está contenido en el primer capítulo de Ezequiel, el cual examinaremos ahora.

La descripción que hace Ezequiel de ellos

El profeta nos dice que estaba entre los cautivos hebreos a orillas del río Quebar, cuando se le abrieron los cielos, y vio visiones de Dios. Vio un viento tempestuoso (huracanado) que venía del norte, una gran nube que tenía un fuego ardiente en su interior y un resplandor relampagueante a su

alrededor. En medio del fuego había, por decirlo así, algo que parecía como bronce (un metal) refulgente; y mientras contemplaba este esplendor resplandeciente en ese terrible ambiente, se le fueron acercando a él, y comenzó a distinguir formas gloriosas. Había cuatro seres (criaturas) vivientes, cada una de ellas de pie junto a una rueda alta y espantosa (v. 18). Sobre las cabezas de estos seres maravillosos se extendía la semejanza del firmamento, del color del terrible cristal. Sobre el firmamento había un trono de zafiro, y sobre el trono la semejanza de un Hombre radiante de gloria celestial y rodeado de la apariencia de un arco iris. Era el trono del Señor; era Jehová llevado sobre los querubines, y saliendo a juicio.

Cada querubín tenía la forma de un hombre, es decir, mostraba el cuerpo y la posición vertical de un hombre. Pero cada uno tenía cuatro rostros: el primero era el de un hombre, el segundo el de un león, el tercero el de un buey y el cuarto el de un águila. El león, el buey y el águila son los representantes de las bestias del campo, del ganado y de las aves del cielo. De aquí surgió el dicho judío: “Cuatro son los más altos de la creación: el león entre las bestias, el buey entre el ganado, el águila entre las aves y el hombre por encima de ellas; pero Dios es el más alto de todos”.

En el templo de Ezequiel (Ez. 41:18-20) los querubines están asociados a palmeras, en el de Salomón (1 Reyes 6:29) con palmeras y flores. Ahora, la palma era considerada el rey de los árboles. Humboldt la llama “la más noble de las plantas, a la que las naciones asignan el premio de la belleza”, y la flor es la gloria de la hierba del campo.

Así, los querubines y los accesorios con los que estaban rodeados parecen haber sido formados por las formas más elevadas de los reinos animal y vegetal, y haber sido representantes de la vida de la criatura en su perfección, y en obediencia y unión con su Creador.

Cada querubín tenía también cuatro lados, y, aparentemente, seis alas, aunque sólo se mencionan cuatro al principio (Ez. 1:6). Se nos dice que dos de ellas estaban extendidas y unidas a las alas de los que estaban a ambos lados, mientras que con otro par los querubines cubrían sus cuerpos en reverencia. Pero rápidamente se hace evidente que al comienzo de la descripción Ezequiel habla sólo de su apariencia desde un punto de vista: porque un poco más tarde nos dice que “cada uno tenía dos (alas), que cubrían de este lado, y dos, que cubrían de ese lado, sus cuerpos” (Ezequiel 1:23). Debajo de sus alas tenían las manos de un hombre, y sus pies eran rectos, brillantes como el color del bronce bruñido, y las plantas de sus pies eran como la planta de un pie de becerro. Por último, todo su cuerpo, sus espaldas, sus manos y sus alas, así como las ruedas junto a las que estaban

de pie, estaban llenas de ojos, indicativos, tal vez, de una intensa vigilancia e inteligencia.

Descripción y posible significado de las ruedas

Cada una de las ruedas era, por así decirlo, una rueda dentro de otra, es decir, una rueda que pasaba transversalmente por el centro de otra, de modo que el carro (trono) podía ir en la dirección de cualquiera de las cuatro caras sin girar. En apariencia, las ruedas eran del color del berilo, o más bien del crisolito; sus anillos, estaban llenos de ojos; y el espíritu de la vida, o, tal vez, de la criatura viviente, estaba en ellos. A dondequiera que el Espíritu de Dios quisiera ir, el carro de los querubines se apresuraba y regresaba como un relámpago.

Puesto que los querubines parecen ser símbolos de la vida creada, no es improbable que las ruedas representen las fuerzas de la naturaleza; - *“El fuego y el granizo, la nieve y el vapor, El viento de tempestad que ejecuta su palabra”* (Salmos 148:8).

Los querubines son idénticos a los seres vivientes del Apocalipsis

Tales fueron los querubines vistos por Ezequiel. Y aunque hay algunas diferencias de detalle - debido, probablemente, a las diferencias en las circunstancias² - no puede haber duda de que son idénticas a los seres vivientes que Juan vio a los pies del Trono (Ap. 4:6). La palabra utilizada en el Apocalipsis es una traducción literal de los “seres vivientes” de Ezequiel, siendo en realidad la misma palabra con la que se interpreta el hebreo en ese pasaje de la Septuaginta. Pero, desafortunadamente, en nuestra versión (*inglesa*³) del Nuevo Testamento es traducido como “bestia”, aunque simplemente significa un ser vivo. Es un término muy diferente al utilizado para la bestia de diez cuernos, y también para la bestia de dos cuernos de los capítulos posteriores.

² Por ejemplo, en Ezequiel cada querubín tiene cuatro caras, lo cual no es el caso en Apocalipsis. La razón de la diferencia parece ser que en el primer pasaje, donde los querubines están presentes en el carro (trono) del Señor, sus cuatro caras y cuatro lados corresponden a la rueda que pasa transversalmente por el centro de la otra, y les permite moverse en cualquier dirección sin necesidad de girar. Pero en Apocalipsis están ante el Trono, y el movimiento no es necesario.

³ N. del T. se refiere a la versión inglesa. En la gran mayoría de las versiones españolas (RV60, RVA, LBLA, etc.) se traduce correctamente como “seres vivientes”.

Y probablemente también a los Serafines de Isaías

Nuevamente, los serafines de seis alas de Isaías (Is. 6:2) parecen ser también los mismos que los querubines. Porque el número de sus alas corresponde, y tienen la misma posición en la gloria, justo debajo del trono. Y además, su clamor: “*Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos*”, es semejante al de los seres vivientes que vio Juan.

La palabra serafines parece significar “los ardientes”, y tal vez los querubines fueron llamados así por el fervor de su adoración. O puede ser que el cambio de nombre indique una función diferente. Porque los querubines están representados como tomando carbones de fuego para la ejecución de la ira de Dios (Ez. 10:7): pero un serafín trae un carbón vivo del altar, y aplicándolo a los labios de Isaías lo purifica de su iniquidad y pecado (Is. 6:6, 7). Así puede ser que el primer nombre sea usado cuando el Señor aparece como un fuego consumidor, y el segundo cuando Su gloria está actuando como una llama purificadora.

No son ángeles, tampoco empuñan la espada flameante

Los querubines evidentemente no son ángeles; pues si lo fueran, su conexión con los reinos animal y vegetal no tendría paralelo en las Escrituras. Además, se distinguen de los ángeles en dos pasajes del Apocalipsis, en el primero de los cuales leemos de “muchos ángeles”, y en el segundo de “todos los ángeles”, en pie alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los Ancianos (Ap. 11; 7:11). Por tanto, dondequiera que aparezcan en las Escrituras, ya sea en el huerto del Edén, en el arca de la alianza, o delante del trono, debemos recordar que siempre retienen sus propias formas peculiares.

Tampoco manejaron, según la concepción popular, la espada ardiente que prohibía acercarse al Árbol de la Vida. El hebreo afirma expresamente que la espada (encendida) “giraba en todas direcciones”, es decir, era una llama que giraba, correspondiente a la gloria que apareció sobre los querubines en el Tabernáculo.

El probable significado de su número

En el número de los querubines podemos, tal vez, discernir otra prueba de su conexión con la tierra, ya que cuatro es en la Escritura, y especialmente en Apocalipsis, el número de la creación terrestre. Así, entre otras cosas, leemos de “los cuatro extremos de la tierra” (Ap. 20:8), “los cuatro ángulos de la tierra” y “los cuatro vientos de la tierra” (Ap. 7:1). De nuevo; los seres

creados son descritos como “*toda criatura que está en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra, y los que están en el mar*” (Ap. 5:13) la raza humana se resume como “*toda tribu, y lengua, y pueblo, y nación*” (Ap. 5:9) y hay “cuatro juicios dolorosos” para la creación - “*la espada, y el hambre, y las fieras, y la peste*” (Ez. 14:21). Así también, aquellos destinados a gobernar la tierra fueron dirigidos, cuando marchaban a través del desierto, a levantar sus tiendas en cuatro campamentos, vueltos hacia los cuatro puntos cardinales (Nm. 2). Y por último, las visiones de Daniel revelan cuatro imperios del mundo, y la entrada en su número por la quinta parte cambia la dispensación, y causa que salga un jubiloso clamor: “*Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo*” (Ap. 11:15).

Ellos parecen estar ante Dios como representantes de los cuatro grupos de la tierra a los que se hicieron las promesas del pacto con Noé

Pasando entonces, a partir de estas consideraciones preliminares, procedemos a indagar el significado real de los querubines, cuya clave parece estar en los términos del pacto con Noé (pacto Noético). Ya hemos visto que durante los Seis Días Dios creó seis grupos de seres vivientes para habitar la tierra: los peces, las aves del aire, el ganado, los reptiles, las bestias de la tierra y el hombre. De éstos, los primeros cinco fueron puestos bajo el dominio del hombre; pero tres de ellos fueron distinguidos posteriormente de los otros en dos ocasiones memorables.

Cuando Dios trajo a los seres vivientes al padre de nuestra raza, “*puso Adán nombre a toda bestia y ave de los cielos y a todo ganado del campo*” (Gn. 2:20); pero no se dice que lo hiciera así en el caso de los peces y de los reptiles.

Y nuevamente, hay una omisión similar en el pacto Noético, que se expresa en los siguientes términos: “*He aquí que yo establezco mi pacto con vosotros, y con vuestros descendientes después de vosotros; y con todo ser viviente que está con vosotros; aves, animales y toda bestia de la tierra que está con vosotros*” (Gn. 9:9, 10).

Ahora bien, si observamos que los cuatro grupos incluidos especialmente en el pacto - el hombre, las aves, el ganado y las bestias de la tierra - son también las que están indicadas por las formas de los querubines, fácilmente percibiremos el significado de estas últimas. Ellos están delante de Dios como los representantes de los cuatro grandes grupos de la tierra con los cuales Él ha hecho un pacto de que nunca más los destruirá completamente de la faz de la tierra.

Su carácter representativo parece estar aún más establecido por su nombre hebreo, *Kerubim*, cuya obvia derivación se obtiene al separarlo, *Ka-robim*, esto es, “como los muchos”.

Y su conexión con el pacto Noético, parecería ser demostrada por el hecho adicional de que, en dos de los tres pasajes subsiguientes en los que se describen minuciosamente sus formas, la gran señal de ese pacto, el arco iris, se ve por encima de ellos (Ez. 28; Ap. 4:3). En el tercer pasaje, el décimo capítulo de Ezequiel, no se menciona en realidad; sin embargo, también allí está implícita su presencia, ya que el profeta observa que la gloria del Dios de Israel apareció en esta ocasión, tal como la había visto anteriormente en la llanura (*o el campo*) (Ezequiel 8:4).

La razón por la que las familias de peces y reptiles no son mencionadas ni representadas en el pacto es incierta

El significado de la omisión de las dos familias (grupos), o al menos de cualquier mención especial de ellas, en las listas de las que se dice que han sido nombradas por Adán, y que han sido incluidas en el pacto con Noé, y por qué no están representadas en el simbolismo de los querubines, es difícil de conjeturar. Si también recordamos que el pecado entró en nuestro mundo a través de la serpiente, y que en la tierra renovada no habrá más mar, podemos inferir que el grupo de los reptiles y los peces finalmente desaparecerán. Por otro lado, es posible que puedan ser incluidos en las formas superiores de vida. Sin embargo, sea como fuere, no interfiere con el hecho de que los querubines representan a todas las criaturas que Dios se ha comprometido a salvar.

El pacto de Dios con los cuatro grupos de la tierra implica también una promesa de su redención

Pero si el gran Creador ha entrado en un pacto por el que nunca destruirá los cuatro grupos de la tierra, también hay necesariamente mucho más involucrado en tal promesa. Otras Escrituras, al correr la cortina del futuro, revelan la alegre verdad de que se acercan tiempos de refrigerio y restitución, cuando la tierra será liberada de la maldición, y sus habitantes serán, una vez más, restaurados a la inocencia y la paz. Puesto que, por lo tanto, los cuatro grupos deben ser preservados a través de esta gloriosa era, también deben participar en sus condiciones, o, en otras palabras, ser redimidas de las consecuencias del pecado.

Y tal destino está ciertamente implícito por la posición en la que encontramos a los querubines en el Arca. Porque allí, cada uno de ellos exhibiendo las cuatro cabezas según lo descrito por Ezequiel⁴, aparecen en proximidad cercana a la terrible (*imponente*) *Shekinah*; mientras que la ley violada debajo de ellos es cubierta por el Trono de la gracia de oro sobre el cual descansa en seguridad. Así establecieron en un símbolo maravilloso la redención y reconciliación del hombre y de la bestia por medio de los méritos y la muerte del Señor Jesús.

Pero un rasgo significativo de este símbolo nos muestra cómo su plenitud profética mira exclusivamente hacia el futuro, hacia los grandes cambios de una dispensación venidera. Los querubines están en la presencia inmediata del Todopoderoso, y sin embargo dos de los seres vivos representados por las cabezas son inmundos. Pero Dios los limpiará pronto, y entonces dejarán de ser comunes o inmundos. También son criaturas de presa; pero cuando llegue la edad del reposo, “*el león comerá paja como el buey*” (Isa. 11:7), y el águila dejará de contemplar a la presa desde lejos, ni se dirá más de ella que “*donde hubiere cadáveres, allí está ella*” (Job 39:29, 30). Porque, citando las brillantes palabras del apóstol, “*también la creación misma*”, que ahora gime y sufre dolores de parto, “*será liberada de la esclavitud de la corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios*” (Ro. 8:21).

De pie, en la presencia de Dios como memoriales de Su promesa, los querubines también actúan como ministros de Su voluntad

Así, pues, los querubines están delante del Señor con un propósito similar al del Libro de Memoria del que habla Malaquías⁵, como memoriales de aquellas tribus (*familias*) de la tierra que Él mismo se ha comprometido a salvar. Su oficio especial parece ser la asistencia al Señor cuando está comprometido en el gobierno del mundo; cooperan con Él en todo lo que tiende a Su redención; actúan como Su ejecutivo superior, invocando los poderes que infligen Sus juicios, y proveyendo a los ángeles de los medios para llevar a cabo Su voluntad.

⁴ Es innecesario remarcar que no hay autoridad alguna para los cuadros convencionales del Arca en los que los querubines aparecen como ángeles. No tenemos derecho a representarlos en ninguna forma excepto en aquellas que se les atribuyen en las Escrituras. Y puesto que las cuatro cabezas son evidentemente necesarias para el simbolismo mientras sólo había dos querubines en el Arca, no debemos en este caso tomar nuestro modelo de la descripción dada en el Apocalipsis, sino que debemos entender que cada querubín tenía cuatro cabezas como en la visión de Ezequiel.

⁵ N. del T. O también “Libro Memorial” (Mal. 3:16).

Así, al abrirse sucesivamente los primeros cuatro sellos, cada uno de los seres vivientes grita a su vez: “*Ven*”, e instantáneamente aparecen los caballos y sus jinetes (Ap. 6:1-8). Nuestra versión traduce “*Ven y mira*”⁶, como si el grito se dirigiera a Juan; pero ahora se admite generalmente que las palabras “*y mira*” son una glosa que destruye completamente el sentido. De nuevo, en la visión de Ezequiel de la partida de la gloria del Templo, uno de los querubines le da al hombre vestido de lino carbones de fuego para esparcirlos por Jerusalén (Ez. 10:6, 7). Por último, es uno de los seres vivientes que trae a los siete ángeles las siete copas de oro llenas de la ira de Dios (Ap. 15:7).

El significado de los querubines para Adán

Ahora se verá que la aparición de los querubines en el Paraíso fue una gloriosa profecía de esperanza para el desterrado Adán. Porque le dijo que aunque la corona hubiera caído de su cabeza, y él y toda la creación estuvieran ahora sujetos a la decadencia y la corrupción, sin embargo, llegaría el momento en que tendría de nuevo acceso al Árbol de la Vida, se acercaría de nuevo a Dios, y sería reintegrado en su soberanía sobre el mundo, que también debería ser devuelto a su perfección y belleza originales. Así, la misericordia de Dios lo apoyó en su aflicción presente con destellos de futura restauración.

La espada encendida

Pero, aunque los emblemas de la esperanza estaban siempre ante él, también había una espada encendida que giraba, revolviéndose incesantemente con relámpagos para proteger el Árbol de la inmortalidad, un círculo de fuego que lo alejaba de su Dios y de la vida. Porque Jehová es fuego consumidor para los que están en pecado; Él mora en la luz a la cual ningún hombre caído puede acercarse (1 Tim. 6:16).

Que la espada estaba conectada con la *Shekinah* podemos verlo de su contraparte, el fuego que se envolvía a sí mismo, en la visión de la gloria de Ezequiel. Su poder destructivo fue mostrado cuando, en la consagración del Tabernáculo, destelló y consumió el holocausto sobre el altar (Lev. 9:24); y cuando su llama relampagueante hirió a Nadab y Abiú, de modo que murieron ante el Señor (Lv. 10:2).

⁶ N. del T. Así es en la versión inglesa utilizada por Pember. Así también en la versión RV60 en español. Otras versiones como la LBLA o BJ traducen sólo “*ven*”.

De aquí en adelante, por lo tanto, toda la atención del hombre debía concentrarse en los medios proporcionados por Dios para la eliminación de la barrera de las llamas, a fin de que pudiera recuperar finalmente su posición natural y estar en reposo.

Nacimiento de Caín y Abel. El significado de sus nombres

Adán comenzó ahora su labor de labrar la tierra, cuyo trabajo, debido a la falta de utensilios y experiencia, debe haber sido doblemente angustiante. Pero después de un tiempo, nació el primer niño en el mundo: y podemos imaginar la alegría de Eva al pensar que la promesa se había cumplido, que la semilla liberadora había aparecido. En alegre regocijo lo llamó Caín, es decir, “adquisición” o “posesión”, exclamando: “*Por voluntad de Jehová he adquirido varón*” (Gn. 4:1). La gramática de esta frase admite la traducción: “He adquirido varón, aún Jehová”, pero es, como mínimo, incierto que éste pudiera ser el significado de Eva. Porque no tenemos ninguna insinuación de que el gran misterio de la piedad, Dios manifestado en la carne, hubiera sido revelado todavía. Ella creía, sin embargo, que la promesa, tal como la entendía, se había cumplido: pensaba que había adquirido al Libertador: llamaría a su hijo la posesión de lo prometido.

Qué poco sabía ella de las amargas desilusiones, de la sucesión desgarradora de esperanzas aplazadas, que de ahora en adelante serían la suerte de ella misma y de todos sus descendientes. Porque no sólo se equivocó al pensar que Caín era el Libertador; no, el hijo a quien amaba, de quien tanto esperaba, era en realidad el primero de la simiente hostil de la serpiente, el primer eslabón de una cadena que terminaría, no en Cristo, sino en el Anticristo. En el momento del nacimiento de su segundo hijo ella parece haber tenido cierta aprensión de la verdad: porque su gozo había dado lugar a la depresión, y llamó su nombre Abel - es decir, “aliento”⁷, o “lo que pasa como un aliento” - mostrando así su conciencia de la rápida mortalidad de su descendencia y la caída de todas sus grandes esperanzas.

Sus esposas

Ahora bien, puesto que el nacimiento de Set debe haber seguido rápidamente a la muerte de Abel, y se nos dice que Set nació cuando Adán tenía ciento treinta años de edad (Génesis 3), hubo, probablemente, un lapso de unos ciento veintinueve años entre el nacimiento de Caín y la muerte de Abel.

⁷ N. del T. Aliento, soplo, efímero

Durante este tiempo Adán sin duda tuvo muchos otros hijos e hijas, y Caín y Abel parecen haber sido dirigidos a tomar esposas de sus hermanas. Tales matrimonios no podían evitarse al principio de la historia del hombre, puesto que toda la raza debía estar unida en descendencia de una sola pareja; y debe recordarse que los hijos de Adán no eran simplemente una familia, sino toda la familia humana. Sin embargo, tan pronto como desapareció la necesidad, tales conexiones fueron descartadas y después rigurosamente prohibidas (Lv. 18:9).

Sus actividades

A medida que crecían y llegaron a ser adultos, los hermanos adoptaron diferentes actividades. Caín se hizo labrador de la tierra y, por tanto, tenía razón para sentir la maldición en toda su amargura; pero Abel era pastor de ovejas. Y, puesto que a los hombres no se les permitía en ese tiempo tocar la comida animal, estas ovejas debían ser guardadas para propósitos de sacrificio y para la fabricación de vestiduras. Por lo tanto, Caín ayudó en la producción de alimentos para la familia primitiva, mientras que los deberes de Abel se referían a sus servicios religiosos y ropa.

Sus sacrificios. Razón del rechazo de Caín

Con el tiempo, los hermanos trajeron cada uno una ofrenda al Señor, presentándola, probablemente, a la puerta del Paraíso. Y miró Dios a Abel y a su ofrenda; pero a Caín y a su ofrenda no miró con agrado.

La razón de esta diferencia está llena de profundo interés para nosotros: porque hay muchos en estos últimos días que, según la profecía de Judas (Judas 11), han seguido el camino de Caín: la teología del primer asesino es la de una escuela grande y perpetuamente creciente en nuestros tiempos. Él, ni negó la existencia de Dios, ni rehusó adorarlo. No, él lo reconoció como el Dador de todas las cosas buenas, y le trajo una ofrenda de los frutos de la tierra como un reconocimiento de Su bondad. Pero no fue más allá de esto; y, por lo tanto, aunque pudo haber pasado entre aquellos con quienes habitaba como un hombre bueno y religioso, falló en satisfacer a Dios. Estando todavía en sus pecados se atrevió a acercarse al Santo sin derramar sangre: estaba dispuesto a tomar el lugar de una criatura dependiente, pero no se confesaba pecador culpable de muerte, que sólo podía ser salvado por el sacrificio de un Sustituto.

Él es un tipo de los muchos en estos tiempos que se oponen a la benevolencia y al amor del Creador, y están siempre dispuestos a alabarlo

por esos atributos, y a reclamar el beneficio de ellos, sin ninguna referencia a su propia indignidad y condición pecaminosa, sin pensar en la perfecta santidad y justicia que son tan elementos de la mente de Dios como el amor mismo. Pero el Altísimo no aceptó el sacrificio de Caín; porque nadie puede acercarse a adorarlo sino por el derramamiento de la sangre, la sangre del Cordero que Él ha provisto. La ofrenda por el pecado debe venir primero, luego la ofrenda de acción de gracias. Podemos entrar en el Lugar Santísimo, e inclinarnos ante el trono de la gracia sólo pasando por el velo rasgado de la carne de Cristo.

Abel sabía algo de esto, y lo confesó; por eso trajo de los primogénitos de su rebaño, y derramó la sangre de su vida en humilde confesión de sus propios desiertos. Y Dios aceptó inmediatamente su ofrenda; tal vez - como muchos han pensado - enviando fuego de la *Shekinah* para consumirlo, y así mostrar en un tipo que Su ira con respecto a Abel sería saciada por un Sustituto.

La protesta infructuosa de Dios con Caín. El asesinato

Viendo lo acontecido, decayó el semblante de Caín, y se enojó; cometió el terrible pecado de juzgar a su Creador, y avivar la ira humana por sus justos tratos. Sin embargo, Dios no abandonaría de inmediato al pecador a su suerte. Pacientemente razonó con Caín, como con un niño obstinado trató de volverlo a poner en su sano juicio, señalando su malvada condición, y que había un terrible pecado agazapado a su puerta, listo para saltar sobre él como una bestia voraz sobre su presa. Tampoco abandonó sin prometerle que, si el ofensor se arrepentía y hacía el bien, también sería aceptado, y preservar esa ascendencia sobre su hermano a la que, por haber sido elegido por su Creador para la posición de primogénito, tenía derecho legítimamente.

Pero la misericordiosa exhortación fue en vano: Caín aprovechó su oportunidad, y el germen de pecado que había sido plantado en Adán maduró en asesinato en su hijo mayor.

La condena y la sentencia

No pasó mucho tiempo antes de que Dios inquiriera por la sangre. “¿Dónde -le preguntó a Caín- *está Abel tu hermano?*” (Gn. 4:9). Y así también, como en el caso de Adán, Él indagó, aunque tenía pleno conocimiento, para darle al transgresor una oportunidad de juzgarse a sí mismo y confesar su culpabilidad. Si Caín lo hubiera hecho, habría encontrado esperanza. Pero se marcó por segunda vez con la marca de la serpiente añadiendo la mentira al

asesinato. “No lo sé,” contestó; “¿soy yo acaso el guardián de mi hermano?”. Tan endurecido se había vuelto que deseaba negar la verdad aún en la presencia del Dios omnisciente. Y al instante fue arrastrado a juicio; su manto de mentiras fue arrancado, y su crimen, en toda su negrura, puesto al descubierto por las palabras penetrantes: “¿*Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra*”.

Caín se quedó sin palabras: no podía ofrecer defensa ni excusa, y Dios dictó sentencia. La tierra, que había bebido la sangre de su hermano, debía ser sometida a una segunda maldición, y ya no cedería su fuerza, ni siquiera en respuesta al trabajo más duro. El asesino tampoco debía permanecer con sus padres en el Edén; debía ser desterrado de la presencia del Señor, de la vista de los querubines y de la gloria, y salir como un fugitivo y errante sobre la tierra. Pero ninguna mano humana debería tocarlo. Ni los otros miembros de su familia, ni los descendientes de Abel, si los hubiera, podrían vengar el crimen bajo pena de un castigo séptuple, pues el poder judicial aún no había sido confiado al hombre.

Adán y Eva son consolados por el nacimiento de Set

Así fueron nuestros primeros padres privados de sus dos hijos en un día. ¡Cuán horrorizados deben haber estado ahora con el progreso de la maldad que su transgresión había traído al mundo! Pero el Dios de todo consuelo fue misericordioso, y alrededor de ese tiempo les dio otro hijo, a quien Eva llamó Set, es decir, “señalado”⁸: “*Porque Dios (dijo ella) me ha sustituido otro hijo en lugar de Abel, a quien mató Caín*”. Es curioso notar que aquí atribuye el don a Elohim y no a Jehová, lo cual es probablemente una indicación de que su esperanza había dado lugar al desaliento. Después de esperar la simiente prometida durante ciento treinta años, había caído finalmente en la desesperación, y viendo en Set nada más que un hijo natural, da gracias a Elohim, y no a Jehová, el guardián del pacto. Pero se equivocó de nuevo. Largo y cansado había sido el tiempo de espera, y amargas las desilusiones, pero por fin había obtenido el primer eslabón de la cadena que iba a terminar en la Semilla prometida: de la línea de Set iba a brotar Cristo.

Características de los cainitas. La ciudad de Enoc

De ahora en adelante encontramos un doble desarrollo en la raza humana: los descendientes de Set (*setitas*) y los descendientes de Caín (*cainitas*), desterrados, permanecen separados por un tiempo, y representan a la iglesia

⁸ N. del T. Señalado, nombrado o sustituido (sustituto)

y al mundo. Los cainitas, con las inquietudes de los hombres alejados de Dios, esforzándose siempre por hacer de la tierra de su exilio una tierra agradable; por reproducir artificialmente el Paraíso, en lugar de anhelar el verdadero Jardín del Deleite; trataban incesantemente por todos los medios de paliar la maldición, en lugar de seguir pacientemente las instrucciones de Dios para deshacerse de ella. El mismo Caín, que había sido condenado a vagar, fue el primero en construir una ciudad, a la que llamó Enoc, por el nombre de su hijo; el primero en intentar asentarse cómodamente sobre la tierra maldita.

Algunos se han preguntado dónde encontró habitantes para su ciudad. Pero olvidan que, por lo que sabemos, pudo haberla construido siglos después de su huida del Edén, y no tienen en cuenta el prodigioso aumento de la población en una época en que la vida ordinaria se extendía a lo largo de ochocientos o novecientos años, y un hombre era contemporáneo con siete u ocho generaciones de sus descendientes. Además, la ciudad de Caín puede haber sido al principio nada más que una habitación fija y sólida para él y su familia.

Lamec y sus hijos. Mención de mujeres entre los descendientes de Caín

Más allá de una mera enumeración de nombres, no tenemos más registro de la posteridad de Caín hasta que llegamos a su descendiente de la quinta generación. Pero los pocos detalles concernientes a Lamec y su familia presentan un cuadro vívido de la corrupción humana, del camino de los hijos de este mundo. Lo vemos comenzar en una vida sensual que implica la pérdida de la conciencia de Dios, y de todo temor por quebrantar las leyes divinas: la trazamos porque continúa hasta hacer que las circunstancias actuales sean lo más cómodas e indulgentes posibles, sustituyendo las aspiraciones espirituales por las ciencias de las artes y las búsquedas intelectuales y, con la ayuda de diversas diversiones y placeres, desterrando el pensamiento por la excitación; y al fin lo encontramos que culmina en la completa concentración en el “ego” (*en uno mismo*), y en un endurecido desafío a Dios.

Lamec rompió la ley primitiva del matrimonio, y fue el primer polígamo, dando así prueba de la absoluta impiedad en la que habían caído los cainitas. La mención y los nombres de sus esposas tal vez sugieren el estado de la sociedad en su círculo. Ada significa “ornamento” o “belleza”; mientras que Zila significa “sombra”, en referencia, probablemente, a sus abundantes y oscuros mechones de cabello. Su hija también se llamaba Naama, es decir,

“encantadora”⁹. Ahora, en la genealogía de la familia de Set no hay mención de los nombres de las esposas o las hijas. Aquí, por lo tanto, quizás, tenemos una insinuación de que las mujeres entre los cainitas eran indebidamente prominentes, y que la belleza personal y las atracciones sensuales eran las únicas cualidades valoradas.

De los hijos de Lamec, Jabal fue notable por ser el primer hombre que crío ganado en grandes cantidades¹⁰ y llevó una vida nómada. Probablemente, desafiando el mandato de Dios, introdujo la carne y la leche de animales como alimento, con el fin de escapar del trabajo de labrar la tierra maldita. Jubal inventó la música, y Tubal-caín las artes mecánicas¹¹.

La dirección de Lamec a sus esposas

La última información que poseemos sobre Lamec está contenida en el discurso que les dirigió a sus esposas. Esta parece ser una especie de canción, que puede haber sido popular entre los antediluvianos. Pero respira un espíritu de autosuficiencia, quizá por las armas que Tubal-caín había forjado, y de orgullosa venganza, que nos prepara para escuchar que poco después la tierra se llenó de violencia. Si lo traducimos literalmente suena como sigue:

*“Ada y Zila, oíd mi voz.
Oh mujeres de Lamec, escuchad mi dicho:
Yo maté a un hombre, porque me hirió;
Maté a un muchacho, porque me golpeó.
Si Caín ha de ser vengado siete veces,
Lamec lo será setenta y siete veces”.* (Gn. 4:23, 24 RVA)

El significado de esto parece ser que él se había peleado con un joven, y, habiendo sido herido y magullado por él, lo había matado en venganza; que Dios determinó proclamar una venganza séptuple sobre el que matara a Caín; pero que todos supieran que si alguno hería a Lamec, la venganza sería setenta y siete veces mayor. Si alguno simplemente lo hería o golpeaba, sin duda tomaría su vida como recompensa.

Y esto es lo último que oímos de la familia de Caín separada del resto del mundo. Su primer antepasado fue un asesino: y desapareció en la persona de un polígamo, asesino y adorador confeso del dios de las fuerzas.

⁹ N. del T. Naamah – hermosa o bonita, en hebreo también “placentera” o “agradable”.

¹⁰ N. del T. “Jabal, el cual fue padre de los que habitan en tiendas y crían ganados” (4:20)

¹¹ N. del T. “Tubal-caín, artifice de toda obra de bronce y de hierro” (Gn. 4:22)

Características de los setitas

Pero cuando volvemos a la descendencia de Set, la escena cambia. Ya no están ante nosotros las envidias, los conflictos y los actos de licencia y violencia: nuestros oídos dejan de ser asaltados por el mugir de las manadas, los acordes de la música suave usada para calmar las conciencias inquietas, el estruendo del yunque, la ostentación de los orgullosos jactanciosos y todo el bullicio mezclado que surge de un mundo que vive sin Dios y que lucha por vencer Su maldición.

En cambio vemos a un pueblo pobre y afligido; trabajando día tras día para procurarse el alimento de la tierra ingrata, según el designio de Dios; esperando pacientemente hasta que sea misericordioso, y reconociendo humildemente Su mano castigadora sobre ellos. No participan en la historia de la tierra: está enteramente compuesta por los cainitas. Como extranjeros y peregrinos en el mundo, se abstienen de los deseos carnales; no construyen ciudades; no inventan artes; no conciben diversiones. Porque no se preocupan del país en que viven, sino que buscan lo mejor, es decir, lo celestial. Por último, como podemos ver por la alusión hecha en el nombre de Noé (Gn. 5:29), ellos guardan la maldición que Dios puso sobre la tierra continuamente delante de ellos.

Significado de la expresión “invocar el nombre de Jehová”

En contraste con las ostentaciones del cainita Lamec, Set nombró a su primer hijo Enos, es decir, “debilidad”, una humilde confesión de la debilidad e impotencia del hombre, que es naturalmente seguida por la siguiente frase: “*Entonces los hombres comenzaron a invocar el nombre de Jehová*” (Gn. 4:26).

Pero, ¿en qué sentido debemos entender esta frase, que de ahora en adelante se usa frecuentemente en las Escrituras? Jehová, como hemos visto anteriormente, es el nombre por el cual Dios se ha revelado a aquellos con quienes ha hecho un pacto, a quienes ha dado promesas. Cuando Moisés pregunta qué respuesta les dará a los israelitas si preguntan el nombre del Dios que lo envió, el Señor responde: “YO SOY EL QUE YO SOY”: “*Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me ha enviado a vosotros*” (Ex. 3:14). Ahora bien, en hebreo, no se usa el presente, sino el futuro del verbo “ser”; y del futuro se deriva el nombre Jehová. Pero el futuro hebreo tiene un significado peculiar: se usa a menudo para expresar un estado permanente, lo que existe y siempre existirá. De ahí que las palabras “YO SOY EL QUE YO SOY” puedan traducirse más inteligentemente como “YO SIEMPRE

SERÉ LO QUE SOY”, y así “Jehová” significa el Dios inmutable, el mismo ayer, hoy y por siempre. Cuyo propósito ninguna circunstancia puede afectar. Cuyas promesas no pueden fallar de ninguna manera.

Cada vez, por lo tanto, que leemos de Abraham levantando su tienda en algún lugar nuevo, levantando un altar, e invocando el nombre de Jehová (Gn. 12:8), debemos considerarlo como apelando a Dios para que lo proteja y lo ayude en sus vagabundeos aparentemente sin rumbo en base a las promesas que le fueron hechas a él.

Otra vez: “¿*Qué*”, pregunta el salmista, “¿*pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo?*” (Sal. 116:12, 13). Y la respuesta es: “*Tomaré la copa de la salvación, E invocaré el nombre de Jehová*”, es decir, aceptaré con gratitud la liberación que Dios ha obrado por mí, y, llamándole por Su nombre Jehová, le glorificaré como el Inmutable que nunca deja de cumplir Sus promesas.

Por último, Joel nos dice que en el tiempo terrible, inmediatamente antes de la aparición de Cristo y de Su iglesia en gloria, cuando el mundo sea afligido con señales en los cielos y en la tierra, sangre y fuego, y columnas de humo; cuando el sol retire su luz, y la luna de plata se enrojezca tomando un tono sangriento - que, en esa hora terrible, cualquiera que invoque el nombre de Jehová será salvo (Joel 2:32). La referencia, como muestra claramente el contexto, se dirige al remanente judío; y el significado, es que si alguien advertido por las terribles visiones a su alrededor piensa en las promesas a Israel, y apela a su Hacedor por el nombre del pacto sobre la base de esas promesas, será salvo.

Es fácil, por lo tanto, ver el significado de la frase tal como se les aplica a los descendientes de Set. Los descendientes de Caín, adorando tan solo al Elohim creador y gobernador, y, consecuentemente, no teniendo ninguna promesa sobre la cual descansar, se establecieron lo mejor que pudieron en el mundo, y usaron sus mejores esfuerzos para eliminar los inconvenientes de la maldición. Los descendientes de Set, por otra parte, no hicieron ningún intento de cocear contra el aguijón, o de evitar el castigo de Dios, sino que miraron hacia Él en busca de alivio, confiaron en Su predicción de la Semilla liberadora, y comenzaron a dirigirse a Él por Su nombre del pacto, Jehová, para mantener viva su esperanza, y para expresar su confianza en Su promesa.

Parecen haber mostrado algo del espíritu que, muchos siglos después, actuó en los cristianos tesalonicenses (1 Tesalonicenses 1:9, 10): no se hicieron ídolos en la tierra, sino que sirvieron al Dios vivo y verdadero, y esperaron a su Hijo del cielo.

Enoc el primero de los profetas

Una curiosa coincidencia nos golpea en este punto. En el relato de los cainitas, después de unos pocos detalles de la historia de Caín, sólo insinuando la dirección que guió a su descendencia, sigue una mera lista de nombres hasta que llegamos a Lamec, el séptimo de Adán. Es cuando vislumbramos momentáneamente la ciudad del primer asesino, y encontramos que en ella se desarrollaron la anarquía y la violencia, mientras sus habitantes se esfuerzaban por alcanzar la felicidad sin Dios.

De la misma manera oímos hablar de la humilde confesión de debilidad de Set, y que su comunidad comenzó a invocar el nombre de Jehová. Y esto es seguido por un registro desnudo de nacimientos y muertes hasta que llegamos a Enoc, el séptimo de Adán en la línea de Set. Entonces la crónica se detiene por un momento y, en pocas palabras, registra un acontecimiento de suma importancia.

Así como el mal culminó en Lamec, así también la piedad en Enoc; porque él anduvo con Dios, y tuvo este testimonio, que le agradó (Heb. 11:5). Pero la sombra oscura del fin ya estaba empezando a caer sobre el mundo.

La maldad había aumentado hasta tal punto que no sólo se demostró la incapacidad del hombre para recuperarse, sino también la necesidad de concluir rápidamente el juicio. El Señor, por lo tanto, le otorgó un nuevo poder a Enoc, y lo envió como el primer profeta para testificar contra el pecado del mundo, y proclamar que los tiempos de la paciencia pronto acabarían.

Lleno del Espíritu de Dios, se movió entre los hombres predicando justicia, templanza y el juicio venidero, y sin duda hizo temblar a muchos. Pero hubo muy poco resultado permanente: nadie, salvo el mismo profeta, fue considerado digno de escapar de las cosas que vendrían sobre la tierra. Solo él fue arrebatado al cielo antes de que comenzaran los tiempos peligrosos de la gran tribulación antediluviana, siendo sacado del mundo unos seiscientos sesenta y nueve años antes del diluvio. Y aunque tantos siglos intermedios puedan parecer un largo respiro, debemos recordar que, debido a la duración de la vida en aquellos días, el tiempo no equivaldría a más de cincuenta o sesenta años de los nuestros.

La única muestra que se conserva de la profecía de Enoc se refiere a un evento aún futuro

La única declaración de este vidente primitivo que ha llegado hasta nosotros se conserva en la Epístola de Judas. Dice así: *“He aquí, vino el Señor con sus*

santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impiamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él” (Judas 14, 15).

Estas palabras no se refieren, al menos en última instancia, al diluvio, sino que se refieren a nuestro tiempo, y apuntan a la aparición de nuestro Señor en gloria con Su iglesia. Si la profecía hubiera llegado a nosotros sin un comentario inspirado, sin duda se habría visto supeditada a la teoría “espiritualizadora”. Se habría asumido una referencia exclusiva al diluvio, y deberíamos haber sido amonestados para observar que la venida del Señor es meramente una expresión figurativa para un juicio poderoso, y no significa un advenimiento personal. Pero tal perversión del significado es imposible; porque Judas nos dice que en su tiempo, después de la ascensión de Cristo al Padre, la predicción todavía estaba esperando su cumplimiento. De ahí, por lo tanto, la razón de su preservación, porque se refiere a la aparición personal del Salvador para cerrar la era presente. Y el conocimiento de Enoc de esta aparición, unos cinco mil años antes de que ocurriera, nos muestra que los secretos de Dios están siempre con aquellos que le temen; mientras que al mismo tiempo da testimonio de la vasta importancia de ese evento, la primera etapa de la cual ahora deberíamos estar esperando cada hora.

Sin duda, también la profecía estaba llena de un consuelo peculiar para la parte piadosa de la descendencia de Set, trabajando duro mientras estaban bajo la maldición, y anhelando la liberación prometida. Porque es al aparecer el Señor que la batalla se convertirá por fin en el desastre de la serpiente y de su descendencia; es entonces cuando la redención de toda la creación del pecado y de la muerte, cuyo precio fue pagado en su totalidad en la cruz, comenzará finalmente después de todos los tediosos siglos de demora.

La traslación (arreatamiento) de Enoc es un tipo del rapto futuro de la iglesia para encontrarse con el Señor en el aire

Enoc, por tanto, continuó caminando con Dios, y testificando al mundo. Hasta los trescientos sesenta y cinco años, cuando desapareció de repente; ya no estaba; se había ido, y nadie podía encontrarlo. Porque había sido arrebatado al trono del Altísimo, un primer indicio del gran secreto que, aunque Dios hizo la tierra para los hombres, y tiene la intención de que la habiten para siempre, Él, sin embargo, tiene el propósito de exaltar a unos elegidos de entre ellos para un destino más elevado, para habitar con Cristo en los lugares celestiales.

Y en este arrebatamiento de Enoc, antes de los terribles tiempos de Noé, tenemos un tipo de la manera en que la iglesia que espera será actualmente llamada a encontrarse con Cristo en el aire, y así estar siempre con Él, antes de que la corrupción del mundo llegue a su punto más bajo, antes de que comiencen los juicios del día del Señor. Porque el mundo no oyó el sonido de una trompeta, ni vio el destello de un relámpago, cuando Enoc fue repentinamente trasladado (*arrebatado*): él simplemente desapareció, y sus compañeros, tal vez, no supieron al principio a dónde había ido. Tal vez lo buscaron en vano, así como los hijos de los profetas buscaron a Elías por tres días en medio de los montes y valles de Jericó. Y así, probablemente, será en el arrebatamiento de la iglesia; el Salvador vendrá inesperadamente, como un ladrón en la noche, y *robará* a los Suyos del mundo desprevenido. Sus camas se encontrarán vacías por la mañana, o desaparecerán de sus lugares habituales durante el día; no habrá despedidas para aquellos a quienes aman, pero que no han sido capaces de atraer a sus propios caminos; todo lo que se pueda registrar de su fin será como el registro de la partida de Enoc, no fueron: porque Dios los tomó.

Este punto de vista parece ser confirmado por el testimonio de las Escrituras

Tal vez se pueda objetar a este paralelismo que, en la descripción de Pablo del rapto de la iglesia, se dice que el Señor desciende de los altos cielos con un clamor, con la voz del arcángel, y con la trompeta de Dios (1 Tes. 4:16). Esto, a primera vista, parece insinuar que habrá al menos una “proclamación momentánea de lo que está sucediendo”. Pero debemos recordar que Pablo está escribiendo, no a la humanidad en general, sino sólo a la iglesia en espera. Por lo tanto, no se deduce que toda la tierra será perturbada por la llamada; sino sólo, por necesidad, los que estén interesados en escuchar.

Que este será el caso entre los muertos, es cierto; porque nuestro Señor mismo nos dice que, cuando dé la señal para la primera resurrección, todos los que oyeren vivirán (Juan 5:25). Pero el resto de los muertos no oirán, y, por lo tanto, no vivirán hasta que hayan terminado los mil años del Milenio. Y como con los muertos, así será probablemente con los vivos. Porque aunque hay amplia prueba bíblica de que la iglesia será tomada de la tierra antes del fin de los tiempos, no hay, sin embargo, ningún rastro en los pasajes proféticos de que el mundo se alarme repentinamente, en ese momento, por la voz de Cristo y la trompeta de Dios. Las propias declaraciones del Señor de que, aunque las señales y prodigios inconfundibles anunciarán Su gloriosa aparición al mundo, Él vendrá por los suyos tan inesperada y silenciosamente

como un ladrón en la noche, evidentemente apuntan en la misma dirección. Así también el hecho de que los detalles del arrebato de la iglesia parezcan corresponder con los de Enoc, de Elías, y del Señor mismo; ninguno de los cuales fue visto por el mundo, sin que éste, de alguna manera, se viera afectado de manera inmediata.

Puede ser que aquellos que son creyentes en Cristo, y, por lo tanto, una parte de Sus redimidos; que han ofrecido el sacrificio en el altar de bronce, pero que todavía no han sido limpiados y santificados suficientemente en el lavacro, y por lo tanto no están listos para pasar al Tabernáculo celestial, tengan alguna indicación de la llamada, sólo para sentir su propia incapacidad de obedecerla por el momento. Pueden ser como Eliseo presenciando la partida de Elías; o como los discípulos en el monte de los Olivos cuando vieron la nube recibiendo a su Maestro fuera de su vista, pero que aún no estaban preparados para seguirlo.

Sin embargo, vale la pena notar, antes de que nos vayamos, que el grito, con el que Pablo describe al Señor al descender, no sea un mero sonido que se pronuncie para ser escuchado en general. Porque la palabra griega κέλευσμα significa propiamente una “orden”, y se usaba entonces técnicamente como la palabra de mando dada por un oficial naval o militar.

La idea, por lo tanto, que se transmite es, que la iglesia se asemeja a un ejército, cuyos soldados ya han recibido órdenes de prepararse para marchar, formar filas, y a pararse con lomos ceñidos y oídos atentos listos para moverse simultáneamente en el instante en que la palabra de mando sea pronunciada por su gran Líder. Pero hay algunos que, aunque pertenecen al ejército, han descuidado las primeras órdenes para estar listos y vigilar, y no esperan la segunda. Estos se verán confundidos por la repentina señal de marchar y, al no poder seguirlos de inmediato, tendrán que reunirse con sus compañeros a través de una ruta tortuosa y peligrosa, la mayor parte de la cual será disputada por poderosas bandas del entonces armado y doblemente maligno enemigo.

La profecía de Lamec y su cumplimiento

El primer profeta así pasó, en un momento, de las fatigas de la vida a la presencia de Dios y dejó atrás a su hijo Matusalén y a su nieto Lamec, que fue a la postre el padre de Noé. El nombre “Noé” significa “descanso”, y Lamec le concedió este nombre a su hijo con las siguientes palabras: “*Este nos aliviará de nuestras obras y del trabajo de nuestras manos, a causa de la tierra que Jehová maldijo*” (Gn. 5:29). Ahora bien, esta expresión no puede ser una vaga expresión de alegría por el nacimiento del niño, pues de

ser así, apenas se habría registrado. Sabemos que el abuelo y el hijo de Lamec fueron profetas; y, tal vez, el don, una vez concedido, fue transmitido a cada cabeza de familia, de tal manera que Enoc, Matusalén, Lamec y Noé fueron una línea de testigos designados por Dios para testificar en contra de la maldad del mundo, y para declarar Su propósito de juicio.

Por lo tanto, las palabras de Lamec fueron probablemente proféticas, y encontraron su cumplimiento en algún alivio de la maldición después del diluvio. Porque de la bendición de Dios cuando aceptó el sacrificio de Noé podemos, tal vez, inferir que la condición de la tierra antes del diluvio era peor que en cualquier momento posterior (Gn. 8:21, 22). Las estaciones parecían irregulares y del todo inciertas; no llovía, y las nieblas por las que se regaba la tierra podían ser escasas e infrecuentes, de modo que los antediluvianos a menudo gastaban su fuerza en vano: su tierra no producía su crecimiento; tampoco los árboles daban su fruto. Las nieblas densas, también, u otras causas desconocidas, pueden haber interferido con las alternancias del día y la noche. La maldición era reciente y en pleno vigor; o, tal vez, estos desastres surgieron de perturbaciones premonitórias de la naturaleza similares a las que precederán al gran juicio de nuestra época.

Pero cuando, después del sacrificio de Noé, el Señor percibió un olor grato, dijo: *“No volveré más a maldecir la tierra por causa del hombre; porque el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud; ni volveré más a destruir todo ser viviente, como he hecho. Mientras la tierra permanezca, no cesarán la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, y el día y la noche”* (Gn. 8:21, 22). El hombre debía seguir trabajando y luchando contra muchas dificultades; pero Dios le daría de ahora en adelante estaciones fijas, y le permitiría, por regla general, estar siempre seguro de algún fruto de su trabajo. Y no es improbable que el don de la lluvia contribuyera aún más a mitigar las intensas dificultades de la maldición; mientras que el permiso para comer comida animal le proporcionaría una forma más fácil de obtener una gran parte del sustento necesario.